

mis, y la otra, peculiar de las plantas leñosas, es la que se llama con propiedad corteza (lib. VI, c. 48). Hojas variadas hasta lo infinito por su forma, disposición, y gradación de su color verde, cubren todas las ramas para resguardar los frutos (*De las causas de la vegetación*, lib. I, c. 20, 22): y acaso también para absorber materias nutritivas por medio de su superficie inferior. (*Historia de las plantas*, lib. I, cap. 16.)

Pero en el lujo de las flores es donde especialmente parece haber reunido la naturaleza las mayores maravillas de la vegetación, no solo por la brillantez de los colores, la suavidad de los perfumes, la elegancia de las formas y la finura de los tejidos, sino sobre todo por los curiosos fenómenos de la reproducción, cuyos órganos están colocados en la corola, llamada muy propiamente por Linneo el lecho nupcial de las flores. Teofrasto, que estuvo lejos de conocer todas las particularidades de este fenómeno, fué, sin embargo, el primero que habló con conocimiento de causa de la diferencia de sexos en las plantas, como se deduce de cuanto dice del enebro (Id., lib. III, c. 6), y de la esterilidad de las flores dobles (1). Un descubrimiento tan maravilloso, y exclusivamente suyo, señala una época memorable en los anales de la ciencia, y bastaría por sí solo para colocar á su autor en un puesto distinguido entre los historiadores de la naturaleza....

También se debe á Teofrasto el primer tratado de mineralogía, de que se hace mención en la antigüedad. La obra, en verdad, es bastante imperfecta, pues no distingue las rocas primitivas de los terrenos secundarios y de transición; no describe ni clasifica los minerales bajo un orden sistemático, los considera bajo el punto de vista de sus propiedades químicas, de su posición, y de su mezcla y distribución en los países conocidos entonces; no indica con claridad los caracteres exteriores, como el color, la dureza, la forma de la cristalización, el peso y la transparencia; pero como bosquejo de una ciencia que acababa de nacer es digna de consideración. En ella se encuentran no solo curiosos pormenores respecto de muchas sustancias minerales, sino también una teoría por medio de la cual trata de explicar la formación de los cuerpos situados en el interior del globo. Unos, dice, traen su origen del agua, tales son las sustancias metálicas, el oro, la plata, el hierro; y otros de la tierra, como las piedras, así preciosas como comunes, y todas las sustancias terrosas, sin excepción ninguna. (*Tratado de las plantas*, § 1, 2.)

El tratado en que Teofrasto habla de los metales se ha perdido (§ 3), y solo nos queda el que trata de las piedras y sus propiedades (§ 7, 8), de las varias clases de mármol y de alabastro (§ 13, 14 y 15), de las pirritas (§ 19), de la piedra pómez y de la de Lipari (§ 25, 37, 38, 40), del carbon fósil que se extraía en Liguria y en la Elide (§ 28), del carbunco que se

(1) Id. lib. I, c. 22; en el lib. III, c. 1, se leen estas palabras: *Cum flatibus delatum semen ulmi in loca proxima fuerit nasci arborem ajunt.*

llevaba á Grecia de Cartago y de Marsella (§ 31, 62), de la corneina que venía de Cerdeña (§ 43), de las esmeraldas, de las cuales las mas hermosas se encontraban en la Escitia y la Bactriana (§ 44, 63), del ámbar y de la piedra imán, en las cuales se había ya observado entonces una fuerza de atracción (§ 50, 53), del záfiro, del cristal, de la amatista, de la ónice, de la ágata, de la perla que venía de la India y de algunas islas del mar Rojo (§ 55, 57, 58, 64), del coral que se encontraba en el mar, comparado por Teofrasto á una raíz (§ 67), de la piedra de toque que se extraía del lecho del río Tmolo en Lidia (§ 78, 79, 80), y finalmente de las diversas clases de tierra, especialmente de las que se usaban en la pintura, como el oropimente y el ocre (§ 90, 92, 95), de la piedra de Armani (§ 98, 100), del cinabrio (§ 103), y de la tierra de Sinope y de Melo (§ 108).

Fácilmente puede conocerse por la misma obra de Teofrasto que las observaciones sobre el reino mineral no se habían llevado hasta entonces bastante adelante para servir de base á una ciencia metódica y para suscitar aquellas graves disputas que medio siglo despues dieron tanta importancia á la mineralogía. No obstante, si hubiesen seguido sus huellas los filósofos que se dedicaron despues al estudio de la naturaleza, habría progresado algo este ramo de la Historia natural; pero los exploradores y beneficiadores de minas eran inaccesibles á toda consideración científica; ni tampoco era su intento poner en circulación ideas (1).

Teofrasto hace mención del márfil fósil, sin sospechar siquiera qué podría significar aquel resto animal en las entrañas de la tierra. También Polibio habla de peces petrificados, hallados en las llanuras comprendidas entre los Pirineos y Narbona; y para explicar este fenómeno, se vale de una hipótesis singular. En aquel siglo, aunque el espíritu de observación se utilizaba tanto para conocer la razón de las cosas, ni un observador, ni un historiador, ni un naturalista pensó en dar mas extensión á la feliz idea de Herodoto, que habiendo encontrado conchas en las montañas de Egipto, dedujo que en algun tiempo debia de haber llegado allí el mar (2). Conforme á la tendencia general de los ánimos en aquella época, se miraba como ociosa cualquiera investigación que no tuviese manifiestamente por objeto una utilidad material. Ciceron dice que Demetrio Falereo desaprobaba los gastos hechos por Pericles para erigir templos, pórticos, teatros, y que su primera ley era la necesidad ó la utilidad. Muchísimos pasajes esparcidos en los fragmentos históricos que han llegado á nosotros prueban que esta triste máxima era cada día mas seguida, estrechando cada vez mas el campo de las especulaciones científicas.

(1) Agatárquidas, en su Periplo del mar Rojo, hablando de las minas de oro del Alto Egipto, describe el método usado para extraer el mineral, y refiere muchas particularidades curiosas acerca de los esclavos dedicados á este trabajo, á quienes considera como los hombres mas infelices.

(2) Herodoto, lib. II; Beckmann, *Historia natural de los antiguos*, p. 240.

(C) pág. 768.

ESTADÍSTICA DE LA CHINA.

Antigua estadística.

	FAMILIAS.	ALMAS.
En el primer siglo d. C. habia	13.233,062	59.594,978
El año 740 d. C. bajo la dinastía de los Tang	8.412,800	48.143,600
— 1393, en tiempo de Hong-vu	16.052,860	60.545,812
— 1491, en tiempo de Hiao-tsong	9.113,446	52.281,158
— 1578, en tiempo de Van-lie	10.671,436	60.692,856
— 1790, segun la gran geografia publicada en China		141.840,091
— 1795, segun Macartney		333.000,000
— 1815, segun el censo general hecho el décimocuarto año del reinado de Kia-king, padre del actual emperador		361.221,348

Estos últimos números parecen exagerados por la vanagloria de los Chinos, muy bien pintada en aquella

anécdota, en que se dice que refiriendo un Inglés á un Chino que su rey en ciertas ocasiones llevaba un tiro de ocho caballos, le dijo el Chino: *Y el nuestro de veinte y cuatro.*

Lord Macartney, como embajador del rey de Inglaterra en 1795, obtuvo del mandarin Chu-ta-sin este cuadro de la China propiamente dicha.

PROVINCIAS.	MILLAS CUADRADAS	ACRES.
Pe-chi-li	58,949	37.727,360
Kiang-nan (dos provincias)	92,961	59.495,040
Kiang-si	72,176	46.192,640
Che-kiang	39,150	25.056,000
Fu-kiang	33,480	33.227,200
Hu-kuang. { Hupe	144,770	92.652,800
{ Hu-nun.		
Ho-nan	65,104	41.666,560
Siang-tung	65,104	41.666,560
Chan-si	55,263	35.171,520
Chen-si propio. }	154,008	98.565,120
Kan-su.		
Tsu-chuan	166,800	106.752,000
Kuang-tung	79,456	50.851,840
Kuang-si	78,250	50.080,000
Yunan	107,969	69.100,160
Kuei-tseu	64,334	41.314,560
Millas cuadradas	1.297,999	830.529,360
Leguas cuadradas	144,222	

Ateniéndonos á lo que dice Rienzi, el imperio de la China tiene hoy la población siguiente:

China propiamente dicha	Habitantes	145.471,000
	Viven en el agua	2.418,000
	Mandarines de 9 clases y empleados inferiores	102,000
	Ejército de mar y tierra	906,000
	Total	148.897,000
Corea		8.463,000
Tibet y Butan		6.800,000
Manchuria, Mogol, Tsungaria, Turquistán chino y otros países tributarios		9.000,000
Colonias		10.000,000
	Total general	183.160,000

Algunos han dicho que el número de soldados era hasta de 1.800,000; pero es preciso distinguir los verdaderos de los que figuran solo en los cuadros: porque los oficiales dan una nota de sus soldados para coger su paga, y despues en las revistas hacen formar á sus criados, por cuyo medio engañan y se hacen ricos. Esta observación es de Klapproth.

Seguendo á Rienzi se gasta en la China:

Por la administración civil	28.919,224 fr. en	9,222 empleados.
— militar	166.498,728 »	en 1.259,200 hombres.

Esto sin contar los gastos de la marina que no se saben á punto fijo. Si se añaden 16.000,000 de francos para la reparación anual de las riberas del Hoang-ho, y 8.000,000 para la de los jardines Yuen-ming y Yi-hu, se tendrá una suma de 219.417,952 francos para todos los gastos, que rebajados de los ingresos, dejan el sobrante de 60.620,784 francos.

Se recaudan al año en impuestos y derechos en dinero	fr. 279.838,736
En impuestos de granos y arroz	lib. 758.407,725
En granos y arroz que se conservan en los graneros públicos	5.605.587,875
Total	6.363.995,600
Lo que da próximamente	590.161,264
De modo que los ingresos del imperio son unos	870.000,000
Añadiendo el impuesto que pagan en Canton los forasteros, estimado por Rienzi en	fr. 6.050,000
Y el que pagan varios tejidos de seda y otras clases	50.000,000
	56.000,000
Se tendrá el ingreso total de	926.000,000

Segun el mismo Rienzi, la población de Pekín es de	1.700,000
La de Nakin	514,000
— Hang-tseu	700,000
— Ou-chang	580,000
— King-chin	500,000
— Foh-han	320,000
— Nang-chang	320,000
— Su-chu-fu	214,017
— Kuang-tseu-fu (Canton)	845,729
— Macao	32,268

El ejército está dividido así :

Infantería regular.	300,108	} 581,000
Caballería regular.	227,000	
Artillería.	17,000	
Séquito del ejército regular.	30,000	} 678,200
Oficiales de tropas regulares.	6,892	
Infantería irregular.	400,000	
Caballería irregular.	273,000	} 32,440
Oficiales de tropas irregulares.	5,200	
Marina.		
Total de las tropas de mar y tierra.		1,291,640

(D) pág. 770.

EL TÉ.

Los botánicos han disputado largamente sobre la familia á que debían agregar el té, hasta que De Mirbel formó una nueva familia que llamó de las Teáceas.

El té parece originario de la China Meridional, y hoy crece espontáneamente en todo el imperio, lo mismo que en la Cochinchina y en el Japon, adonde parece que ha sido trasplantado en un tiempo desconocido.

El té, dice Richard, es un arbusto siempre verde, de 5 á 6 piés de altura ordinariamente, porque lo mutilan á fin de que produzca mas, pero que abandonado á sí mismo podría crecer hasta 28 y 30 piés. Sus hojas, alternas y sostenidas por peciolo cortísimos, son elípticas, agudas, dentadas y fuertes, suaves, brillantes, de un color verde oscuro, y de dos á tres pulgadas de largo y una de ancho. Sus flores son blancas, de corto pedúnculo, aisladas ó reunidas en muy corto número en la axila de las hojas superiores. El cáliz monopétalo tiene cinco divisiones obtusas. La corola se compone de tres, seis ó nueve pétalos redondos ó desplegados. Los estambres son muchos. El fruto está formado en general de tres cubiertas globulosas, unidas entre sí por un eje común, y en un solo recipiente que se abre por una hendidura longitudinal y que contiene la semilla, de la cual sacan los Chinos el aceite para la colina y el alumbrado.

Se asemeja mucho á la camelia sasangua, y algunos lo creyeron un subgénero de la camelia, hasta que se descubrieron algunos caracteres distintivos particulares, y entre otros las dos flores axilares, y las hojas gruesas y no encorvadas.

Los modernos han averiguado también que es uno mismo el té verde y el negro; dependiendo el color solamente del modo de coger las hojas de un mismo arbusto y de su preparación.

La calidad de las hojas depende principalmente de la naturaleza del suelo y de la posición; pero no está bien determinado cuáles sean las mas convenientes, bastando quizá un suave calor del sol: lo cierto es que siete décimos del té de la China crecen en los montes y la nieve no le perjudica.

Preparado convenientemente el terreno, se hace un agujero con un plantador ó con el dedo; en el cual se ponen de seis á doce semillas; pues apenas se desarrolla la quinta parte, dañándolas el aceite que se pone rancio muy pronto. Varía el abono segun el terreno, pero el mejor es una mezcla de ceniza, madera y excrementos de oveja y de caballo. Los agujeros unos tienen diez y otros treinta y tres centímetros de profundidad; están distantes entre sí dos metros, y se llenan de tierra sin apretarla.

Esto se hace en octubre y en febrero, segun las provincias. En algunas partes se siembran campos enteros de esta planta; en otras solo se pone en las orillas de los sembrados de arroz ó de granos. Se

deja abandonado el arbusto por tres años, y al cabo de este tiempo sus hojas son abundantes, fuertes, brillantes, de un verde intenso, y buenas para cogerse por primera vez, lo cual se hace entre fines de marzo y principios de abril.

Kampfer nos hace asistir á esta primera recolección en las cercanías de Meaco en la montaña de Udsi, que conserva el inefable privilegio de surtir de té la mesa imperial. Esta montaña alegre y pintoresca está rodeada de dobles fosos y vallados que impiden acercarse á los hombres y animales. El té está plantado en filas regulares, y se lava y se limpia del polvo, fango é insectos todos los días. Los segadores deben abstenerse desde la víspera de todo alimento grosero que pudiera producir mal olor capaz de contaminar las hojas privilegiadas: se lavan dos ó tres veces al día; usan unos guantes hechos á propósito, y siempre están bajo una vigilancia severa. Concluida la recolección, es llevado el té al palacio imperial por el superintendente, acompañado de numerosa escolta. Desde este té superfino hay una gradación infinita hasta el infimo, que es el que usan los Calmucos.

Ménos ceremonias se emplean con el que está destinado al comercio ó al consumo de las familias. La diferencia en el modo de coger el té negro y el verde consiste en que para este se rompe la hoja por donde el parénquima se une con el tallo, cogiendo solo el primero, mientras que en el negro se cortan la hoja y el peciolo. Exigiendo lo primera mas delicadeza, es natural que el té verde sea mas caro, y sea también mejor, porque se pone mas cuidado en separarlo.

Los segadores con cestas y palos encorvados, se reúnen al amanecer en los campos de té, contentos como los vendimiadores entre nosotros. Algunos adiestran monos para cogerlo en los precipicios; otros no quieren sino las niñas mas bellas del país.

Se hace la recolección tres veces al año por lo ménos: la primera á principios de abril, la segunda á mediados de mayo, la tercera á últimos de junio. Cuanto mas próximas son entre sí las recolecciones, mas tiernas, nuevas y apreciadas son las hojas. El producto de la primera es mas estimado, y el de la segunda se prefiere al de la tercera. Las hojas de las ramas mas altas son mas alabadas que las que ocupan un lugar medio y que las infimas. Los catadores conocen despues al probarlo si ha sido cogido á tiempo ó en estacion lluviosa; ademas dicen que cogido en estacion seca pesa doble.

Inmediatamente despues de cogido se procede á la clasificación. Las hojas destinadas al té negro producen el *pekoé*, si han sido cogidas de un arbusto que tenga ménos de seis años y á principios de abril; el *suschong*, si son de la segunda recolección; el *congo*, si de la tercera, en la cual las hojas escogidas se llaman *campoy*, y las ordinarias *bohea*.

Las hojas del té verde dan el *hyson*, si proceden de la primera recolección; el *polvo de cañon*, si se escogen las hojitas mas delicadas y se redondean en forma de bolitas; y el *tonkai*, si es de la tercera recolección.

Siendo el té siempre verde, no se cogen mas que

las hojas nuevas. Á los tres años el arbusto produce mas y mejores; á los siete tiene la altura de un hombre y principia á declinar. Reaparece en parte el vigor de sus primeros años con podar las ramas hasta el tronco y algunas veces el tronco hasta la tierra. Entónces se hace mas vigoroso, y el arbusto así « renovado » cada siete y cada diez años, puede dar hojas por muchísimo tiempo, aunque de ordinario no pasa de cuarenta á cincuenta años.

En su mejor edad y bien cultivado un té, puede dar al año hasta dos quilógramos de hojas; despues cuando á fuerza de años está gastado, se saca aun partido de las raíces trasplantándolas para tener nuevos vástagos. Esta es la propagación mas usada y la única en que no habian pensado los Europeos en los fatigosos y largos ensayos que hicieron para trasplantar el té á nuestros climas.

Todas las potencias del Norte se disputan la honra de haber sido las primeras en introducir el árbol del té en Europa; pero si todas han trabajado en ello, la Suecia se lleva la gloria, y Linneo el mérito. Por espacio de diez años este grande hombre trabajó en vano para sembrarlo. Oshek le traía de la China un arbusto nuevo y hermoso. Ya tocaba el puerto, cuando una tormenta inesperada lo internó en alta mar. Otra planta desembarcaba en Gotemburgo, despues de haber costado, en el trascurso de un año, indecibles sacrificios á todos los pasajeros, que sufrieron una sed mortal porque el arbusto no careciese de agua; pero la noche despues del desembarco los ratones de la nave royeron mortalmente el objeto de tan dulces esperanzas. En fin, el 3 de octubre de 1763, el capitán Eckberg llegaba á Upsal con mas de quinientas semillas que ya habian brotado.

El modo con que lo cultivó fué conocido muy pronto de los Ingleses, que presto lo tuvieron en sus sembreros, en sus cercados y jardines. Gordon envió un vástago al caballero Jansson á Paris, y desde entónces se trasmitió y cultivó por toda Francia, pero con infinitas precauciones que impiden que pueda darse crédito á la opinión de algunos, los cuales tienen su cultivo por tan fácil, que proponen cercar con él las heredades en vez de la blanca zarza y del estéril malvabisco.

Ademas de la diferencia que proviene de la calidad, hay otra tal vez mayor, atribuida á la preparación, en que los Chinos tienen tal ventaja, que el mejor té del Brasil y de Asan no iguala al mediano de la China.

El día mismo de la recolección le dejan expuesto dos horas al sol, y las hojas del té sufren la serie de operaciones que llaman torrefacción. En las manufacturas un hombre delante de un hornillo encendido, cubierto de una tartera de hierro, se ocupa en coger hojas frescas aun, despojarlas de una parte de su principio venenoso con una inmersión instantánea en agua hirviendo, colocarlas uniformemente en la tartera candente y moverlas en todos sentidos con las manos; todo esto hecho en ménos tiempo que se tarda en decirlo, en medio de los terribles dolores producidos por las hojas calientes, y de la aspiración de los vapores sofocantes que exhalan, al mismo tiempo que despiden un jugo corrosivo que ulcera las manos aun no acostumbradas.

Si esta primera operación está bien hecha, las hojas pueden arrollarse fácilmente. Cada operario coge cierta cantidad y le da la forma de una pelota con un movimiento particular de las palmas de las manos refregándolas una contra otra. Esta pelota se deja, se divide y se coge hasta quince ó veinte veces, mientras el deseador dispone todo lo necesario para dar á las mismas hojas tres, cuatro y hasta cinco torrefacciones alternadas con la operación de arrollarlas. Cada vez que se repite la operación se lava la tartera con agua fria; el polvillo que la tapiza se quita con una vara de bambú, y las hojas se recogen con la servilleta que tiene siempre en la boca el torrefactor para

disminuir la aspiración de los vapores estimulantes.

La desecación se prosigue por medio de cestos particulares, expuestos á una temperatura conveniente en hornillos de forma determinada.

Recógese despues la granza; las hojas son clasificadas una por una minuciosamente segun su figura, tamaño, el arrollamiento mas ó ménos acabado, la desecación conveniente ó no; y así se forma aquella serie de variedades, de las cuales se conocen veintisiete en el comercio, pero que en realidad son indeterminadas.

Las hojas del té verde tienen una torrefacción diferente de las del negro. Despues de las primeras operaciones comunes, las del té verde se tratan de modo que tomen la forma elíptica; se exponen al sol por algunos minutos solamente; despues, desmenuadas una por una, expuestas de nuevo, arrolladas, expuestas otra vez, y en fin, colocadas en la tartera, se revuelven sin cesar hasta que principia la ustión; y en este estado se ponen en un saco de tela tupida, que un operario oprimo con todas sus fuerzas con piés y manos, hasta que queda esta masa tan dura como la piedra. Luego se extraen del saco las hojas así apretadas, se separan de nuevo, se pasan por el fuego y se colocan en cestos de bambú para ser conservadas seis ú ocho meses; despues de lo cual se exponen otra vez al aire, se echan en la tartera, se vuelven á arrollar y se pasan hasta tres veces por un cedazo de bambú, se ciernen, se separan y se limpian hasta que por fin se espolvorean con una mezcla de indigo y yeso para darles un color uniforme. En este estado de ligera impureza se dan al comercio.

No carece de ella el té negro, pero ignoramos las sustancias extrañas con que se le mezcla para aumentar su aroma; y entre las cuales parecen dominar la oliva olorosa, la camelia sasangua, la flor del naranjo, el jazmin de Arabia y la magnolia.

Preparados de esta manera el té y sus variedades, se empaquetan. El té fino se encierra en cajas barnizadas, cubiertas de láminas de estaño ó de plomo, ó de hojas secas, ó papel de colores cubierto de estirillas de bambú, ó tambien de pieles cuando debe ser enviado á Rusia y producir el famoso té de las caravanas.

Así empaquetado se conserva de dos á once meses, y aun algunas veces mas, segun su calidad, en los vastos almacenes chinos, adonde van á proveerse de él los negociantes de todas las naciones.

Este impuesto, que paga todo el mundo anualmente á la China, sube á doscientos millones de francos por siete mil y mas millones de quilógramos de té; repartidos entre las naciones civilizadas, sin proporcion con la población, pues que el Austria, por ejemplo, quince veces mas poblada que la Holanda, consume cien veces ménos té. Consiste esto en el clima, en las necesidades, en las relaciones del comercio, en las costumbres y en muchas otras circunstancias.

En 1844 se exportaron de Canton 32,900,000 quilógramos de té, de los cuales 24,422,000 se embarcaron bajo la bandera británica, y 6,997,000 bajo la americana; y su valor total se calculó en 104,841,000 francos. Pero muy pronto los puertos mas septentrionales competirán con el de Canton cuando se abran á los extranjeros. El de Changai podrá darlo mas barato, pudiendo extraerlo de las provincias de Kiang-nan y de Kansu, donde se cultiva con mucha abundancia. El puerto de Fu-chan-fu está á mil cuatrocientos quilómetros de las famosas colinas Bohi, que producen el mejor té del imperio.

Es muy curiosa la historia industrial del té. Cuando se principió á hablar de los Chinos en Europa, entre tantas fábulas como corrian á cual mas extrañas, se decía que hacían una bebida con una planta que les mantenía en una hilaridad perpétua, en regular gordura, en un justo equilibrio entre las funciones del cuerpo y del espíritu; que gracias á este vegetal

precioso, el imperio central ignoraba hasta el nombre de las escrófulas, y que la piedra, la lepra y aun la misma peste cedían ante el influjo de esta yerba china.

Estas eran fábulas de la especulación mercantil que difundía tales cuentos, para preparar al té en Europa una buena acogida, en cambio del cual los Chinos consentían en recibir la salvia, ya proclamada allí diestramente con otras tantas exageraciones y con todas las cualidades que la supuso la escuela de Salerno. Así se remitieron enormes cantidades á la China, cambiando una libra por tres de té, el cual se vendía en París á cien francos la libra, y no costaba ni medio franco á los comerciantes holandeses. Los Chinos, sin embargo, no tomaron gran afición á nuestra yerba, al paso que el uso de la suya se extendió tanto en Europa, que hoy se calcula su consumo en 753 millones de quilógramos. Al principio fué este consumo muy lento, y en los cuarenta y ocho años transcurridos desde 1652 á 1700 la Inglaterra no consumió mas que 68,000 quilógramos, cuando ahora consume diez y nueve millones al año.

Los médicos se opusieron en vano á este *lento veneno*. Se dijo que el té que nos mandaban los Chinos era el desecho de su bebida, y lo dijeron los mismos misioneros (*Cartas edif.*, t. XVIII, p. 302). Nada valió: la portentosa yerba se difundió de modo que hubo que preparar flotas y caravanas para trasportarla al través de los mares y desiertos.

Linneo colocaba el té entre los tósigos, junto con el euforbio, el croton, el eléboro, el ricino y el cólchico, con los cuales tiene de comun los granos tricapsulares. El análisis de Peligot confirmó esta inducción, y solo puede quitársele la sustancia venenosa por medio de la operación penosa de la torrefacción. Puede que algun día la medicina se aproveche del principio venenoso que contiene; pero solo la charlatanería pudo exagerar los efectos medicinales de la bebida, los cuales se reducen á reparar la súbita supresión de la traspiración cutánea, y á remediar el constipado y el catarro apirético. Algunos creen aun que es conveniente para evitar ó disminuir las escrófulas. En cuanto á los males del ánimo, todos saben ya que no tiene poder sobre ellos. Mas fácil es creerle conveniente como digestivo, y en los casos de dispepsia. Si los Chinos son tan extraordinariamente prolíficos, y si no conocen los males de piedra, cálculos y gota, la causa es otra, no el té.

Sus adversarios le imputan las inflamaciones de los riñones, la debilidad general, la pesadez intestinal y cerebral, los vértigos, la inapetencia, el marasmo, los sacudimientos nerviosos, la ansiedad, la obesidad, la cáries de la dentadura y las palpitaciones del corazón. Exageraciones de ambos partidos que se corregirán con un uso oportuno y moderado.

Véase una memoria del doctor Josat en el *Investigateur* de 1815, p. 407.

(E) pág. 784.

LOS TAO-SSE.

Lao-kiun, Epicuro de los Chinos. — Sus secuaces, llamados doctores de la razón. — Degeneran en magos y alquimistas. — Fragmento de una novela histórica. Análisis de una relación referente á Chonang-seu, discípulo de Lao-kiun. — Origen del cuento de Zadig. — Diversas supersticiones de los Chinos. — Fatalistas. — Anécdota. — Hechizos y talismanes. — Creencia en los espíritus. — Angurios buenos y malos. — Adivinaciones.

La tercera secta ó creencia religiosa ó filosófica establecida en la China es la del *Tao* ó de *Lao-kiun*, que era el nombre, ó mas bien el título, de su fundador. Vivió este unos quinientos sesenta años antes de la era cristiana, siendo casi contemporáneo de Confucio, que habla de él. Á juzgar por sus doc-

trinas, parece haber querido inspirar el desprecio de las riquezas y honores, y como Epicuro, haberse propuesto sujetar todas las pasiones capaces de turbar la paz del alma y la felicidad individual. Sin embargo, sus discípulos y sucesores, no sintiéndose con tanta fuerza para despreciar la muerte, trataron de componer un elixir que diese larga vida ó la inmortalidad, y de este modo se convirtieron en alquimistas. Fueron unas veces perseguidos y otras favorecidos en la China; y parece que sus doctrinas prosperaron mas bajo la dinastía de los Song, después del décimo siglo de nuestra era, en cuyo tiempo tenían gran crédito todas las opiniones especulativas.

El comentarista principal de Confucio habla con poco respeto de Lao-kiun ó de Lao-seu, como se le dice algunas veces, y lo llama « un buen hombre, bastante ignorante, » pintándolo como un solitario de una humildad, equidad y sencillez especiales, y superior á los dolores y á las pasiones. Predicaba y practicaba la inacción (1), el olvido del mundo y de cuanto hay en él; no tenía ambición de gloria, ni de placeres, ni de trabajo. Podemos creer que los principales dogmas admitidos ahora por los secuaces de Tao son obra de los sucesores de Lao-kiun, que valiéndose de su nombre fundaron un sistema propio y lo hicieron adoptar. Estos le llaman « el progenitor, el fundador, el protegido del Cielo, » y dicen en sus libros que fué una encarnación de algun ente superior, el cual viene á mezclarse todos los siglos entre los hombres bajo humana forma: y refieren los diversos nombres bajo los cuales ha aparecido desde los tiempos fabulosos hasta el siglo vi, que componen siete periodos (2). Para imitar tal vez la trinidad budística, formaron tambien una los secuaces de Tao, llamándola los Tres Seres. Y este triple poder era representado como presidiendo en el cielo á los dioses unidos, el sol, la luna, las estrellas y constelaciones, y transmitiendo desde allí su nombre acompañado de muchas palabras de misericordia y de bondad « al gran ángel de los pies desnudos, » á fin de que lo promulgara en el bajo mundo y pudieran los hombres, pronunciándolo y repitiéndolo, obtener la felicidad infinita y librarse de todos los males. El *Tao-te-king* es su principal libro sagrado, del cual existe una versión latina en la biblioteca de la Sociedad real.

Los discípulos de Lao-kiun han profesado la magia en diversos tiempos ademas de la alquimia. Tanta celebridad conquistaron bajo la dinastía de los Tang, que les fué dado el título de *Tien-sse*, « doctores celestes, » y se erigió á Lao-seu un magnífico templo en que se colocó su estatua. Dicese que los jefes de la secta tienen ahora en la provincia de Kiang-si un vasto establecimiento, adonde acude de todas partes mucha gente que tiene fe en su ciencia, para conocer el porvenir ó recobrar la salud. La secta, en verdad, parece haber degenerado muchísimo, y haberse apartado completamente del fin para que fué fundada, y todos los que quedan de los Tao-sse son ahora otros tantos charlatanes y embaucadores que pretenden tener correspondencia con los demonios. Distinguese estos principalmente de los demas Chinos en el exterior, por sus cabellos largos que llevan prendidos alrededor de la cabeza, á la manera de los isleños de Lieu-kieu. La secta de Tao es ciertamente la ménos popular, y la ménos extendida en la China, y ya no tiene secuaces sino entre los ignorantes, siendo muy raro encontrar allí un Tao-sse.

Para confirmar lo que hemos dicho de la puerilidad de sus supersticiones, daremos un extracto de la

(1) Esto nos hace suponer que su sistema se derivó probablemente del sistema *Sankhya* de los Patanyalis de la India. Es general el budismo aceptó el ascetismo contemplativo.

(2) *Morrison's Dict.*, tom. 4, pág. 582.

obra china titulada: *Historia de los tres reinos*, en la cual están las leyendas que se refieren á los tres hermanos Chang, secuaces de Lao-kiun, jefe de un partido de rebeldes llamados « gorros amarillos, » y promovedores de tales turbulencias que ocasionaron la caída de la dinastía de Han.

« Lion-pei, aprovechando la ocasion, se arrojó con todas sus fuerzas sobre *Chang-pao*. Pronto este á rechazarlo, montó á caballo, con los cabellos esparcidos y agitando la espada, y en seguida echó mano de operaciones mágicas. Levantóse entonces el viento; retumbó el trueno con fuerza, y descendió una nube negra del cielo, dentro de la cual se veía combatir gran número de hombres armados. Lion-pei se puso en el acto en retirada, y fué á consultar á Chon-sien que le dijo: « Déjale que siga valiéndose de maleficios. Mientras yo preparo sangre de puerca, de carnero y de perro, dispon que se sitúen tropas emboscadas en las alturas; y cuando el enemigo se presente, lo derrotarás con solo rociarlo con esta sangre. »

« Al día siguiente se adelantó *Chang-pao* á tambor batiente y banderas desplegadas para dar la batalla. Lion-pei le salió al encuentro, pero apenas estuvo cerca de él, *Chang-pao* recurrió de nuevo á los encantamientos; sopló el viento, retumbó el trueno, otra nube oscureció el firmamento, y pareció que del cielo bajaban escuadrones de caballeros. Lion-pei hizo de súbito la señal de retirada; *Chang-pao* lo siguió; pero no había llegado aun á la otra parte de la colina, cuando las tropas ocultas allí salieron y lanzaron contra el enemigo el impuro licor que habían tenido en reserva. El aire pareció instantáneamente lleno de hombres y de caballos de papel ó de paja que cayeron á tierra, el viento se calmó y cesó el trueno.

« Habiendo visto así destruidos sus encantamientos, quiso *Chang-pao* fugarse; pero le faltó el tiempo: dos capitanes de Lion-pei salieron el uno por la derecha y el otro por la izquierda, mientras aquel le cerraba el camino por delante, y su lugarteniente por la espalda. Encerrados los rebeldes por todas partes fueron hechos pedazos. Habiendo observado Lion-pei que sus banderas llevaban por inscripción: *El señor de la tierra*, se lanzó contra *Chang-pao*, que pudo evitar el golpe, pero en la fuga fué herido en el brazo derecho por un flecha. »

La palabra *tao*, razón, que da el nombre á la secta, parece tener el mismo origen que entre nosotros la antigua voz *filósofo*. Algunos han disputado mucho acerca del sentido misterioso que los metafísicos chinos daban á las palabras *tao* y *li*; nosotros nos limitaremos á decir que significan sencillamente *razón*. Un misionero católico suponía que *tao* correspondía al griego *λογος*; pero á esto se objetó, no sin fundamento, que siendo *tao* el origen primero y la causa productora de todas las cosas, no podía ser sinónimo de *logos*, voz usada por los sistemas filosóficos para indicar, no la *causa primera*, sino la primera emanación de la Divinidad.

Lao-kiun tenía cuatro discípulos principales y respecto del primero de ellos, Chonang-seu, tienen los Chinos un cuento bastante festivo y agradable. Es una especie de sátira contra el bello sexo, y especialmente contra el matrimonio, sátira tanto mas digna de atención cuanto que suministró á Voltaire amplios materiales para su *Zadig*. Daremos aquí un análisis de ella:

« En los últimos tiempos de la dinastía de los Cheu (1) apareció en la China un filósofo famoso llamado Chonang-seu, natural de Meng, ciudad del reino de Song. Este filósofo gobernaba una pequeña provincia, y era discípulo de un sabio bastante célebre en aquella época y fundador de la secta del

(1) Véanse los *Cuentos Chinos* publicados por ABEL RÉMUSAT, tom. pág. 149.

Tao. Cada vez que Chonang-seu se dormía, soñaba que se convertía en una gran mariposa que volaba acá y allá, ora en un jardín, ora en un prado. Tanta impresión le causaba este sueño, que despierto le parecía tener las alas pegadas á la espalda, y desplegarlas para volar; y no sabía qué pensar de una cosa tantas veces repetida y tan extraordinaria. Un día, en un momento de ocio, después de un discurso de su maestro Lao-seu acerca del *Y-hing*, le refirió su sueño y le preguntó su explicación. Aquel hombre admirable que conocía todas las maravillas de la naturaleza le dijo: « En los tiempos que han precedido á tu vida debes buscar la causa de ese sueño tan repetido. Cuando el caos se desenvolvió, y se formó este universo, eras una linda mariposa blanca. La primera producción del cielo fueron las aguas, la segunda los árboles y las plantas que adornaron la tierra, porque todos florecieron al momento. Aquella blanca y bella mariposa que volaba á su capricho vagando y aspirando el perfume de los mas exquisitas flores, supo obtener goces infinitos del sol mismo y de la luna, y adquirió finalmente una fuerza que la hizo inmortal. Tenía dos alas grandes y redondas, y volaba con gran rapidez. Estando un día recreándose como de ordinario, se colocó sobre las flores del jardín de placer de la gran reina, en el cual encontró el secreto de penetrar, y estropeó algunos botones apenas abiertos. El pájaro misterioso, puesto de guardia en el jardín, dió un picotazo á la mariposa que le produjo la muerte, dejando por tanto sin vida á su cuerpo; pero su alma, que era inmortal, no se perdió, sino que pasó sucesivamente de uno á otro cuerpo, y últimamente al de Chonang-seu: de eso provienen en ti tan felices disposiciones para llegar á ser un gran filósofo, capaz de aprender el arte que enseño, de desprenderte enteramente del mundo, de elevarte sobre ti mismo, y dar á tu corazón y á tu inteligencia toda la perfección posible. »

« Desde entonces descubrió Lao-seu á su discípulo los mas profundos misterios de su doctrina, y Chonang-seu se sintió en un instante convertido en otro hombre. Siguiendo los instintos de su primer estado, tuvo inclinaciones de verdadera mariposa, volando acá y allá continuamente sin fijarse nunca sobre objeto alguno por bello que le pareciese; y ni aun la fortuna pudo reducirlo con sus favores. Cuando vió Lao-seu que su discípulo despreciaba los placeres del siglo y amaba la verdad, lo inició en los misterios del *Tao-te-king*, porque las cinco mil palabras que componen aquel libro son todas misteriosas: nada, en efecto, debía tener oculto para tal discípulo.

« Por su parte Chonang-seu se dedicó enteramente al estudio, y no solo no se cansaba nunca de leer y meditar las doctrinas de su maestro, sino que las ponía en práctica. Con sus investigaciones continuas, con purificar su ánimo, llegó á comprender perfectamente cuánto difería la parte que era en él visible de la invisible, el cuerpo que se corrompe, del espíritu que dejando esta morada entra en una nueva vida de maravillosa trasformación.

« Iluminada por esta luz su mente, renunció Chonang-seu el cargo que desempeñaba, se despidió de Lao-seu y se puso á viajar esperando adquirir buenos conocimientos y hacer descubrimientos nuevos. Aunque era muy amante de la libertad y de la tranquilidad del ánimo, no renunció á los placeres de la union conyugal y tomó hasta tres mujeres, una después de otra. La primera se la arrebató en breve una enfermedad; repudió á la segunda por haberle sido infiel, y la tercera formará el asunto de esta historia.

« Llamábase esta Tian, y descendía de los reyes de Tsi. Gran reputación se había granjeado Chonang-seu en aquel reino, y Tian, jefe de una rama de la real familia, prendado de su mérito, le dió su hija por mujer. La nueva esposa excedía con mucho en hermosura á las dos que antes había tenido: era blanca como la